

1880—Año VI.

NÚMERO 39

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, BARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mudo, y en los puntos donde no los haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta. Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece. El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

UMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi.

Una madre persuasiva, poesía, por Ramón Ferry.

¡Hay más allá! novela por Enriqueta Lozano de Vilchez.

La joya milagrosa, poesía por J. E. Hartzenbusch.

Leontina, por Matilde Bourdon. Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS A JULIA

Continuacion.

La inmediata contiene muchos montones de lino y cáñamo, que Susana y Antolina hilan durante el invierno, recibiendo un salario aparte por este trabajo. Comprendo perfectamente que las telas tejidas con estos hilos burdos, son mas útiles para los labradores que nuestras telas del dia. Tambien vi algunos montones de lana batida, que segun supe, estaba destinada para hacer colchones, que la abuela presta ó dá á los pobres y á los

enfermos, segun sus necesidades. Las telas que sirven para esto, se lavan y se zurcen con mucho cuidado cada vez que han servido, y se guardan en un armario hasta que hacen falta otra vez. Tendidas sobre cuerdas trasversales habia mantas, capas, bayetas y refajos de lana.

En fin, la tercera pieza era un verdadero pandemonium, muebles viejos pero compuestos de modo que puedan servir para amueblar una casita pobre; de aquí salieron los que forman el orgullo de la honrada Paula; cajas, puertas, ventanas, maderaje, cuerdas, hierro viejo, braseros, hornillas, en fin ya lo he dicho, esta nueva arca de Noé, contiene un poco de todo. Pues no habrás olvidado la máxima de la abuela, esto es, que lo que se desperdicia es para el diablo y que no hay cosa por insignificante que parezca que algun dia no pueda sernos útil y evitarnos acaso un gasto muy crecido.

En efecto, vi que ponía aparte una porcion de cosas, cuya aplicacion ni siquiera adivinaba, pero que ella me hizo comprender

demostrándome con cifras la economía que resultaba de haberlas conservado.

Por aquel día dimos mano à nuestra tarea, porque en efecto, yo empezaba à estar cansada; pero en los siguientes hicimos una severa inspeccion de la plata, de los cristales, de la vajilla, de los utensilios de cocina, y de todo el mueblaje en general, apuntado la abuela en la lista de cada seccion, los desperfectos ocurridos, y que debian ser al instante remediados.

Pasamos en revista todas las sillas, todas las mesas, todas las camas...

—Porque, ves, me decia la abuela, componiendo al instante lo que empieza à romperse, se evita que el mal se haga irremediable. Por lo demás, este trabajo es de cuatro ó cinco dias cada seis meses. Lo demás del año, basta con que una vez por semana se inspeccione, ya este ó ya aquel aposento, y así, sin un trabajo muy impropio, se puede tener la casa en muy buen orden.

Yo sacudí tristemente la cabeza.

—Sin un trabajo muy impropio, no, dije suspirando. Esto de formar tantas listas, de cuidar de tantas cosas... Confieso que estoy aturrida solo con presenciario!

—Porque te falta la costumbre, y tal vez el interés. Cuando estés bien persuadida de que es un deber grande y sagrado para una ama de casa el conservar y hacer productivo lo que su marido gana con el sudor de su frente, y à costa de mil amargos sinsabores, te entregarás con noble ardor à estas tareas que ahora te parecerán ingratas.

—Pero todos no tendrán un caseron como este, ni tantas cosas de que cuidar, dije yo con un ligero acento de mal humor. ¡Que felices serán las mujeres, que solo tengan una casita y una criada!...

—¿Y dónde irá el buey que no are? Me respondió vivamente la abuela. Perdóname la comparacion, pero es exacta. Reflexiona que una casita y una criada, quieren decir escasez de medios. Que estas inspecciones que te parecen fastidiosas, serán reemplazadas por el trabajo material y constante. Que si quieres tener tu casa como debes, te verás en la precision de

ayudar à tu criada en los que hacles más rudos, y que tu economía deberá ser mucho más estricta, mucho más asidua tu vigilancia. Te he hablado de mis privaciones durante mi vida de empleada. ¡Ah tú no comprenderás nunca, Enriqueta, los milagros que se ve obligada à hacer una mujer que, contando con pocos recursos, quiere, sin embargo, que su marido y sus hijos se presenten con decencia, que tengan el necesario alimento, que puedan, sin avergonzarse, recibir en su casa a sus amigos, y todo esto sin contraer deudas ni faltar à lo que se debe à sí misma. ¡Qué cálculos, para atender con preferencia, ya à estas, ya à aquellas necesidades! Qué privaciones de todo placer, y à veces de todo descanso! Qué levantarse con el alba y trabajar hasta la noche, para confeccionar ella misma sus vestidos, los vestidos de sus hijos, y aun à veces los pantalones y chalecos de su marido! Qué ingenio necesita desplegar para utilizar las cosas viejas, tiñéndolas ó remediándolas con primor! Qué industria, para suplir unos con otros los enseres que le faltan, y por último, qué economizar un cuarto de aquí, dos de allá, para que al cabo del mes produzcan una pequeña cantidad con que atender à lo mas indispensable! Pues bien, esta es la lucha incesante, es la afanosa existencia de todas las mujeres de la infinita clase media, de esas *felices mugeres*, que solo tienen una criada y una casita.

Pero al lado de esos afanes, al lado de esos sacrificios, ¡qué santo orgullo, qué dulce é inesplicable satisfaccion, la de aquella, que imitando à Jesucristo, convierte las piedras en pan, y en cuyas manos un real produce los beneficios de ciento! Es una ley infalible de la naturaleza, que el bien produzca el bien, y el mal produzca el mal. Así la felicidad se goza mas vivamente, en razon al esfuerzo que nos ha costado procurárnosla, y así veras à todas esas mugeres activas y laboriosas que están siempre contentas, mientras las negligentes y frívolas se hallan devoradas por la tristeza y el hastío...

(Continuará.)

Angela Grassi.

UNA MADRE PERSUASIVA.

Cogió un niño cierto día
Una flor bella del prado,
Y su aroma delicado
Aspiró con alegría;
Y exclamó con dulce acento,
Embriagado con su olor:
«Madre, quisiera ser flor
Para embalsamar el viento.»
Entretanto que así hablaba,
Una avecilla ligera
Cruzó la fértil pradera
Donde el niño se encontraba;
Y al verla el niño reacio
Dijo con acento grave:
«Madre, quisiera ser ave
Para cruzar el espacio.»
La brisa entonces gimió
Y con movimiento blando
Una nube fué elevando,
Que de vista se perdió,
Siguiendo el niño su vuelo,
Dijo con voz altanera:
«Madre, ser nube quisiera
Para llegar hasta el cielo.»
Un suspiro de cariño
La madre dejó escapar,
Y luego, sin vacilar,
De este modo dijo al niño:
«Insensatas ambiciones
Ocupan tu corazón:
Hoy sólo caprichos son,
Mañana serán pasiones.»
«Sujeta tu anhelo extraño,
Y así feliz vivirás....
No hay nada que amargue más
Que la hiel de un desengaño.
«Quieres, en tu empeño loco,
Ser flor, ser ave, ser nube....

Muy alta tu mente sube,
Y el niño vale bien poco.

«Hombre llegarás á ser,
Y cuando pierdas la calma,
¡Ay de tí! niño del alma,
Si no te sabes vencer.

«No tu pensamiento asombre
Ser flor, ser nube, ser ave....
¡Dichoso el hombre que sabe
Llegar, al fin, á ser hombre!....

RAMON FERRY.

¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION.)

Hubo un momento en que asustada por la violencia del delirio, llamó en su auxilio á la doncella que dormía, porque juzgó en peligro la existencia de la niña cuyas débiles fuerzas se habían duplicado con la violencia de la fiebre.

Don Luis, que como dijimos ya, se había situado en la antecámara, se presentó también y comprendiendo lo que pasaba murmuró al oído de Clara:

- Despida V. á la doncella, señorita.
- Cómo! preguntó la joven, ¿por qué?
- Porque no debe escuchar las palabras que esa niña dice, respondió Vidal.
- Pues acaso...?
- Hay en ellas una gran parte de verdad.
- Don Luis ¿qué quiere decir esto?
- No ha escuchado V. por ventura que llamaba á su padre delirando? que creía haberle visto, haberle reconocido? Oh! yo estaba allí y no he perdido una palabra!
- Me hace V. sospechar.... ¿entonces Nina...?
- Su existencia es una historia....
- Qué, V. sabe sin duda?
- Sí, señorita, la se perfectamente.
- Oh! yo quiero á mi vez conocerla! exclamó Clara con fuerza.

—No sé si debo...

—Es preciso! Nina es una pobre jóven á quien admiro... mas aun, á quien amo y es preciso que la proteja.

—Usted es un ángel, señorita, dijo don Luis conmovido.

—Pues bien: acepto ese título, y como los ángeles, debo velar por las tristes huérfanas desamparadas.

—Oh! si el señor Marqués supiera que yo...

—Usted solo acabará de aclarar lo que he empezado á comprender. ¿Cree V. por ventura que Nina en su delirio no me ha dicho lo bastante?

—Pues bien, me resuelvo: se lo contaré á usted todo; así como así yo necesitaba quien me ayudara á dar una solución á esto, y creo que nadie mejor que V. podrá hacerlo, venga pues conmigo y sabrá...

—No, no: hablemos aquí, no quiero separarme de mi protegida.

—Es que...

—No tema V., la doncella se ha vuelto á dormir, y Nina está ahora más tranquila.

Y Clara llevando á don Luis al hueco de un balcon, oyó de boca de éste todo cuanto sabemos ya acerca del origen de Nina.

Cuando el señor de Vidal acabó la relacion de los hechos que en otro capítulo referimos ya, el semblante de su interlocutora se encontraba inundado de lágrimas.

El corazón de aquella noble niña era bueno compasivo y tierno en extremo, y unia á estas bellísimas cualidades el candor y la inocencia de sus diez y seis años.

—Con que según eso, exclamó, esta jóven tan desgraciada hasta ahora, es casi hermana, es parienta tan cercana mía?

—Sí, señorita, esa es la verdad, puesto que es hija de don Diego.

—Y mi tío, no ha insistido en buscarla, en traerla de nuevo?

—El señor Marqués se creyó ofendido con su negativa, y...

—Ofenderse por un acto tan noble, tan generoso! Oh! yo creo que esa niña obró bien: en su caso no hubiera hecho lo mismo! Pero es preciso que Nina ya no salga de aquí, ya que Dios ha querido detenerla en esta casa. Es preciso que mi tío lo sepa todo; es preciso que se haga justicia á esa criatura y que se la de un lugar entre nuestra familia.

—Pero cómo? preguntó don Luis algo indeciso. Si el señor Marqués comprende que yo he hablado de esto, tal vez se enfadará conmigo.

—No lo sabrá, pierda V. cuidado.

—Entonces...

—Yo me encargo de todo.

—Usted?

—Sí: aun no sé como, pero Dios me iluminará, estoy cierta de ello.

En aquel instante un grito inarticulado de Nina vino á interrumpir este diálogo sostenido á media voz.

Clara corrió al lado de la enferma y la miró con mayor cariño que antes aun.

La niña estaba despierta, sin embargo la fiebre que la dominaba era tan violenta que no sabía darse exacta cuenta de lo que la rodeaba.

Adrianesi que habia escuchado su voz desde la estancia inmediata, corrió á su lado tambien y con palabras cariñosas y dulces procuraba calmarla y hacerla volver á la razon.

La luz de la aurora tiñendo de azul y rosa los cristales del balcon vino á anunciar á los que habian pasado la noche en vela que ya era de día.

Aunque cansada por la fatiga de la fiesta la señora de Montemar se habia levantado temprano y cuidadosa por Clara; se dirigió á su habitacion para saber por ella de la enferma.

Nina se hallaba mal.

Aunque la calentura habia cedido algun tanto, la pobre niña experimentaba estraños dolores y una postración infinita.

—Oh! es preciso que venga Albareda, exclamó Clara al ver á su madre, es preciso que venga y que nos diga la verdad.

—Sí, sí, añadió la señora de Montemar, porque si se agravase esta niña, ya conoces que aquí...

—Ay! madre mia, murmuró Clara, haga usted que mi tío venga, él es el que debe decidir esta cuestion.

La señora de Montemar comprendió mal á su hija, y aun iba á responderla, cuando el doctor Albareda apareció en la puerta de la estancia.

Venia, cumpliendo con un deber, á saber como estaba la jóven.

Clara le salió al encuentro y antes de que pudiese llegar á donde estaba su madre.

—Amigo mio, dijo casi á su oido: sea cualquiera el estado, de esa niña, yo ruego á usted que la prescriba no salir de aquí.

—Pero...

—Silencio: haga V. cuanto le digo y nada me pregunte; yo se lo suplico.

El jóven médico se inclinó en silencio y se adelantó resuelto á complacer á la jóven que con tal insistencia le rogaba, mucho más que el deseo de Clara estaba conforme con lo que la ciencia aconsejaba.

Albareda examinó á la niña detenidamente, y en su mirada inteligente brilló un destello de piedad.

Nina le inspiraba lástima, porque á través de su presente veía su pasado lleno de angustias, y de sufrimientos, y de lágrimas.

Obedeció pues á la señorita de Montemar y declaró solemnemente que era imposible todo movimiento, toda fatiga, y que si se quería salvar á la joven enferma, era forzoso que no dejara el lecho en algunos días y que permaneciera allí y en un completo reposo.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA JOYA MILAGROSA.

Hay, según los navagantes,

Allá lejos un país

Cuyos pobres habitantes

Andan á todos instantes

Con sus bienes en un tris.

Ya un espantoso huracau

Hace en la cosecha riza,

Ya sepultura le dan

Las piedras, lava y ceniza

De un repentino volcán.

Los de ilustre jerarquía,

Y los míseros gañanes,

Todos viven entre afanes,

Oscilando cada día

Terremotos y huracanes.

Para auxilio de estos daños

Entrega el comun Señor

Allí á cada morador,

Ya desde sus tiernos años,

Una joya de valor.

Y tales prodigios obra

La joya á los niños dada,

Que con ella todo sobra,

Y sin ella, no se cobra

De lo que se pierde, nada.

Sin embargo, aquella gente

Se echa tanto el alma atrás,

Que es la cosa mas frecuente

Perder la joya excelente

Y no recoblarla mas.

Causará sin duda espanto

Su locura, pero ¡qué!

¿Nada igual aquí se vé?

¿No hacen muchos otro tanto

con la joya de la fé?

Y sus luces, en verdad,

son las que nos guían solas

á puerto de claridad

en las noches y en las olas,

de la ruda adversidad.

J. E. HARTZENBUSCH.

LEONTINA,

POR

MATILDE BOURDON.

(Continuación.)

XIV.

Tranquilidad.

Leontina pudo convencerse de que se había efectuado un cambio en la vida de René: como si esta muerte le hubiese libertado de una cadena importuna, volvió con cierto gusto á sus anteriores costumbres, hacia tiempo abandonadas. Al revés de lo que hacia de diez años á esta parte, pasaba veladas en casa al lado de su esposa ó hija, y daba muestras de complacerse en ello. Leontina le acogió como un amigo á quien nunca se ha dejado de querer, y Juana manifestó una alegría tan llena de candidez y de cariño, que se sintió preso de nuevo, pero esta vez por un lazo dulce y suave. Hasta la sazón amaba á su hija,

mas por decirlo así de palabra, no la conocía; no la había visto más que de prisa, y nunca había pasado entre ella y su madre esas largas horas durante las cuales el alma se ensancha, se abre y deja ver el fondo de sus tesoros. Pues bien, el carácter de Juana atraían con su gracia y cautivaban con su candor. Contaba entonces quince años, era bella y graciosa; pero un sentimiento de inquietud se mezclaba con la admiración que inspiraba su belleza: el lirio nos encanta con su blancura virginal; mas la idea de que á las pocas horas su copa de alabastro se inclinará hacia el suelo, enturbia nuestro gozo. Tal era el pensamiento que ocurría al contemplar el talle elegante y delicado de Juana, su color ligeramente sonrosado, la transparencia de su cutis y el candor de su mirada. Su entendimiento debía á la piedad de una madurez precoz, sin quitar nada al candor de una edad tan cercana de la infancia. Era amable y cariñosa en extremo, y con su carácter, sus gracias, y sus agasajos, sus tiernas virtudes, formaba las delicias de su padre. Este no dudaba que debía una dicha tan grande á una Religión de que tanto se había mofado, y que si Leontina no hubiese sido profundamente piadosa, no hubiera hecho de su hija el ser encantador á quien él idolatraba.

Solamente Leontina conocía bien á su hija: ella sabía perfectamente que sus virtudes tenían toda su raíz en la verdadera piedad; que Dios, siempre presente á su corazón angelical, le inspiraba la bondad; la caridad y la abnegación. La tierna joven había adivinado las penas de su madre, sufría interiormente, una delicadeza exquisita la obligaba á guardar silencio hasta con la autora de sus días; pero oraba sin cesar por la conversión de su padre.

Este era también el pensamiento dominante de Leontina. Veía á su marido libre de un yugo peligroso, feliz con ella y con su hija, bondadoso y dócil como lo había sido en otro tiempo, ¡Qué poderosos motivos para desear completase su obra volviendo hacia Dios como había vuelto hacia ella!

Leontina se esmeraba en hacerle más agradable la casa que todos los demás sitios; estudiaba sus gustos y sus inclinaciones, las costumbres adquiridas en diversos parajes, reunía con frecuencia sus amigos, sus parientes, para que pasase las noches más agradablemente. Mas René, aunque apreciaba las atenciones de su esposa manifestaba abiertamente que prefería la compañía de Juana á toda otra, y la romanzas que cantaba modestamente al piano, á las mejores piezas de la ópera y de los italianos. Hé aquí como Juana inspiró á su padre una verdadera pasión, la pa-

sión de la edad madura, la última, la más ardiente y la más pura de todas.

Encuanto á Leontina, es imposible de todo punto describir el amor que tenía á esta niña, junto á la cual había siempre permanecido, y á quien había guardado hasta de la sombra del mal. Juana constituía todas sus delicias, vivía en ella, y sin embargo nunca la miraba, nunca oía su voz sin cierto temor, sin que un presentimiento doloroso oprimiera su corazón: ¡el presentimiento! ¡esa sombra que la desgracia proyecta delante de sí misma! La debilidad demasiado visible de Juana, su excesiva delicadeza, su inteligencia prematura, justificaban esos temores maternos: en vano Leontina trataba de apartarlos: una palidez súbita en la frente de la niña, sus manos sudosas, su mirada húmeda, una voz endeble, una tos seca y ligera alejaban la esperanza y enturbiaban el horizonte de la pobre madre. Mas no por eso comunicaba nunca estos temores á René; dejábalos que fuera feliz, y cuando este formaba proyectos sobre el porvenir de su hija, se guardaba muy bien de desalentarle en lo más mínimo; pero algunas veces se preguntaba á sí misma:

—Nada deseo tan vivamente como la conversión de René; ¿á qué precio me será otorgada?...

Teresa era la única confidente de esos temores vagos y continuos; también era madre, también comprendía los sobresaltos de un corazón maternal.

Diez y ocho meses habían trascurrido desde la muerte de Julia; asomaba la primavera, y un viento del Este, frío y árido, contrastaba con los primeros resplandores del sol de Abril. Juana era aficionada á pasear, y su madre la acompañaba todos los días bajo los árboles escuetos aún de las Tullerías ó los Campos Elíseos. Una tarde la tierna joven tuvo calofríos, cogió un constipado y empezó á toser un poco. Al día siguiente la tos aumentó y pareció la calentura á ciertas horas. No obstante la niña apenas se quejaba: seguía como siempre risueña y amable, el médico no hacía caso...; pero un siniestro presagio agitaba sus alas en torno del espíritu de Leontina; su marido le dijo un día:

—Juana está pálida, tose: irémos á pasar el invierno próximo en Niza.

Leontina suspiró.

—¡El invierno! dijo para sí, ¡ay! ¿dónde estaremos este invierno? ¿En dónde están en invierno los hermosos lirios que han florecido en la primavera?

XV.

¡A qué precio!

La primavera había pasado; los primeros calores de Julio abrasaban la tierra, y Juana se hallaba tan rendida que se dormía varias veces durante el día, cuya larga duración contribuía á postrarla más. Su madre la contemplaba sumergida en aquel sueño febril; la niña estaba echada en un sofá, sus bellas facciones eran apacibles: pero la alteración que estas sufrían no podía escapar á un ojo que la conocía tan bien y desde la cuna la había estudiado. No se le ocultaba esa palidez de funesto agurio, esos labios secos, esos ojos hundidos, esa frente húmeda de sudor; adivinaba, contaba uno por uno los suspiros que salían de aquel pecho oprimido y juntando las manos dejaba caer algunas lágrimas, Juana despertó: al abrir los ojos observó esas lágrimas, mas hizo como si no lo hubiera advertido, pues afuerza de seguridades esperaba todavía tranquilizar á su madre.

—Héla ahí, madrecita, dijo sonriendo; ¡guardaba V. que despertara, no es verdad? Pues mire V., con este sueñecito me he refrescado; hace tanto calor...! Yo creo que á no tardar todo París dormirá la siesta como en Italia.

—¿Estás realmente mejor, mi Juanita?

—Sí, mamá, tengo fuerzas; pronto podré salir á pié, ya verá V.

Su madre la abrazó silenciosamente; mas al imprimir sus labios en aquella frente ardiente, las animosas palabras de su hija no la tranquilizaron ya. Las dos pasaban el día la una junto á la otra como siempre: tenían los mismos pensamientos, la misma perspectiva ante sus ojos, el mismo deseo en el fondo de su corazón, y por tanto nada tenían que recelarse: una sola palabra hubiera hecho desbordar una corriente de dolores, y para evitarlo permanecían silenciosas. Por otra parte, cuando se teme una inmensa desgracia, ¿no es verdad que hay ciertas palabras que la lengua no se atreve á pronunciar? Escritas con caracteres de fuego en el espíritu, ¿quién les da cuerpo articulándolas?

Al anoecer desencadenóse sobre París una violenta tempestad; Juana quedó agitada, y quiso retirarse temprano. Su madre se acostó junto á ella, en un gabinete donde colocaron una cama, desde la cual pudiese observar cualquier evento. Intranquila, sin tratar siquiera de conciliar el sueño, después de haber orado un buen

rato acercóse silenciosa y fué á sentarse á la cabecera; desde allí escuchó la respiración corta pero regular de su hija, elevando al cielo desde el fondo de su alma desgarrada la más ardiente plegaria.

—¡Dios mío! no la llameis! Dios mío! dejadla en la tierra! ¿qué haría yo sin ella?

A media noche los últimos bramidos de la tempestad habían cesado; poco á poco el cielo se serenó y la luna se elevó tranquilamente sobre el horizonte, llenando de luz el pequeño gabinete de que acabamos de hablar. Leontina iba á retirarse, pero un movimiento, un suspiro la detuvo. Juana despertaba, y muy pronto su madre, siempre silenciosa, percibió el ligero choque de las cuentas del rosario, que aquella nunca dejaba de día ni de noche... Rezaba sin duda. Leontina permaneció inmóvil, sin revelar su presencia, que a la vez hubiera descubierto sus inquietudes. Juana acababa sus Aves Marías á media voz; luego calló, recogida en sus íntimos pensamientos, y por fin su madre oyó que decía con acento angelical:

—¡Dios mío! ¿quereis, pues, que vayan á unirme con vos? ¡Oh! Yo también lo deseo vivamente porque ya sabéis que os amo con todo mi corazón... sí, con todo mi corazón! Os ofrezco la pena que tengo de dejar á papá y á mamá; os ofrezco el sacrificio de mi vida por ellos, ¡oh Dios mío para que mi madre sea feliz y para que mi padre os conozca y os ame. Nada más puedo hacer por ellos; Señor, ¡hacedlo vos por mí!

—¡Hija de mis entrañas! exclamó su madre, que no pudo ya contenerse; ¡consientes, pues, en dejarme!

—¡Querida mamá! ¡está V. ahí! V. me vigila; V. se fatiga, y me da pena...

—Mi pobre Juana, yo no puedo dormir lejos de tí.

—¿Y V. me ha oído?

—Sí, hija mía, te he oído orar.

—¡Y bien! mamá... dijo roleando amorosamente con sus brazos al cuello de su madre; mamá, V. vislumbra lo más íntimo de mis pensamientos: nunca me había atrevido á decírselo; pero prefiero que lo sepa V., pues no tengo ni un solo secreto para V., madre querida...

Dejó de hablar unos instantes bajo el peso de la impresión, y se apoyó con más fuerza en el hombro de Leontina. Recobrado el aliento, continuó:

—Ya ve V., mamá, hay que hacer un sacrificio: hagámoslo por papá... digo, ¿quiere V.?

La gracia con que dijo estas palabras, evocando en brazos de la muerte los más dulces recuerdos de la vida, dejó á Leontina transida de

dolor, Esta buscó un refugio en los brazos de su hija, y trató de ocultar sus lágrimas.

—V. no puede, dijo la niña con la compasión de un ángel que ve las angustias de un mortal; ¡querida mamá! nos volveremos á ver, esté segura. Voy á guardar un sitio, y mientras V. rogara aquí por mi padre, yo rogaré allá arriba... Vamos, estaremos siempre juntas con el pensamiento...

Así trataba de consolarla acariciándola con la más viva ternura, y adormeciéndola en cierto modo su dolor maternal con besos y palabras de dulzura.

—Hija mía, dijo por fin Leontina, permíteme, permíteme que espere aún, y sea lo que fuere de nosotras, roguemos siempre por tu padre.

—¡Si, mamá, una santa liga! Ahora quiero que vaya á descansar; siento que el sueño me gana; vaya V., madrecita, y no esté triste!

Leontina accedió, pero aquella noche no pudo cerrar los ojos, y en su angustia repetía: «¡Señor, alejad de mi este caliz!» mientras que Juana también despierta, decía: «¡Señor consoladla! me ama tanto!»

Desde aquel momento madre é hija se entendieron sin hablar; ambas ofrecían el mismo sacrificio sobre el altar de su corazón: la una se inmolaba á sí misma con el gozo de un alma ferviente y pura: la otra desgarrada sus entrañas y entre agonías más crueles que la muerte ofrecía á su hija por la salvación de su ex esposo, y experimentaba una felicidad amarga al unir su propia voluntad con la divina. El holocausto fué aceptado. No hay alma que no haya costado lágrimas y sangre.

Juana se hallaba cada día más débil bajo el influjo de un estío devorador, y su padre, que durante tanto tiempo vivió alucinado, veía caer la venda que había cubierto sus propios ojos. Apurados en vano todos los recursos de la ciencia médica, nada esperaba ya, ni de un tiempo más benigno, ni de un aire más puro y templado, viendo claramente que no había remedio, y que las horas de Juana estaban contadas. En cuanto á ella paciente y sencilla como siempre, sufría sin quejarse, hallaba siempre para sus padres una palabra cariñosa, una sonrisa de afecto, y se preparaba á la muerte con el candor y confianza que habían presidido á todos los actos de su vida. Contenta con partir de la casa paterna para la del Padre celestial, ningún recelo la turbaba su viage.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Cetina. Señor don F. T., en nuestro poder las 3 pesetas que envía.

Roncesvalles. Señor don F. G., en nuestro poder las 24 pesetas, y anotadas seis á cada uno de los suscritores, servida la colección del 78 á don J. F., gracias por su bondad.

Sevilla. Señor don A. G., en nuestro poder los doce reales.

Salamanca. Señora doña F. S., recibidos los 12 rs., conforme con su cuenta.

Santiago. Señora doña E. R. de C., en nuestro poder los 30 rs. que envía, y deja abonado hasta fin de Diciembre del 80.

San Juan del Puerto. Señor don V. T., recibidos los 24 rs., los números se madraán conforme vayan saliendo.

San Pedro Alcántara. Señora doña A. del R., hemos recibido los 12 rs. que envía, pero le suplicamos nos diga en que punto recibe la suscripción pues no la encontramos en San Pedro Alcántara.

Olivares. Señora doña R. V., recibidos los 12 rs. que envía.

Baeza. Señora doña E. S. L., en nuestro poder los 24 rs., enmendada la equivocación de apellido.

Bandeira. Señor don F. S., recibidos los 12 rs., Castroverde. Señora doña I. P., recibidos los 28 rs.

Calabuig. Señor don F. T., en nuestro poder las 6 pesetas.

Cetina. Señor don F. T., recibimos sus dos cartas, cada una con 12 rs.

Olivares. Señora doña R. C., recibidas las tres pesetas.

Madrid. Señor don L. D., anotadas las 21 pesetas y 50 céntimos, será complacido en lo que desea.

Rubielos. Señora doña J. V., en nuestro poder los 40 rs.

San Silvestre. Señor don J. A. M., efectivamente hasta fin de junio solo debe 10 rs.

Lugo. Señora doña J. P., con los 12 rs. que envía deja pagado hasta junio del 80 que es el año que recibe.

La Palma. Señora doña M. B. de R. id. id.

Torralba. Señor don P. F., recibidas las 7 pesetas, hecho el cambio de dirección. puede V. pedir cuantos números desee y le damos gracias por su interés.

Cotillas. Señora doña C. G., recibidos los 6 rs. que nos remite.

Nieva. Señora doña F. A., abonados los 24 rs., puede pedir los números que guste.

Espinama. Señor don V. D., recibidas las 6 pesetas, Alcalá de Gurra. Señor don B. F., con los 28 rs. que envía deja pagado todos el año 80.

(Continuará.)

Granada.—imprenta de «La Madre de Familias»